

Desde mi atalaya turonesa

Un alumno muy especial

La historia de un joven que tuvo que superar sus dificultades con las Matemáticas

Manuel Jesús López, "Lito"



En el campo de la iglesia, me dijo su madre: "Está matriculado en la Escuela de Ingenieros Técnicos, pero muy desilusionado porque a las clases de Matemáticas no asiste ya que no entiende nada. Si pudieras darle lecciones particulares..."

La verdad es que la práctica de la enseñanza es como un veneno que siempre llevé dentro, mas un gravísimo accidente de tráfico, en 1991, me apartó de una ilusionante dedicación después de más de cuatro lustros de ejercicio. Pero las palabras de aquella mujer, de golpe, me ponían en una encrucijada ya que, aparte de mi ocupación en el Ayuntamiento de Oviedo, traía un proyecto entre manos que era mi quinto libro sobre el valle de Turón. Se me ofrecía la posibilidad de sumergirme, de nuevo, en un campo que se presentaba ante mis ojos como una tentación irresistible, pero no sabía de dónde iba a sacar el tiempo. A los pocos días, se me presentó Jonathan —que así se llamaba el protagonista de esta historia— con una carpeta repleta de apuntes con el programa de "Fundamentos de Matemáticas", asignatura llave de la carrera o el "hueso" como se solía decir en el argot estudiantil.

Le pedí unos días para la reflexión y, pasadas las fiestas del Cristo, le hice saber a su madre que haría una excepción por dos motivos: por ser de la familia y por mi pasión por las Matemáticas; además, las clases serían de dos horas lunes, miércoles y viernes para disfrutar yo de algún tiempo libre. Jonathan era mi sobrino y le aseguré que iba a tratarlo como si fuera hijo propio lo que implicaba que si tenía que echarle una bronca cuando las cosas no fueran bien, tendría que aguantar el chaparrón o, de lo contrario, suspenderíamos las lecciones definitivamente. Me iba a esforzar al máximo pero él tenía que cumplir con lo que le señalaba, que ya era "mayorcito". Digo esto porque, este improvisado alumno era un mocetón de 1,80 metros de estatura que ya no cumplía los 28 años.

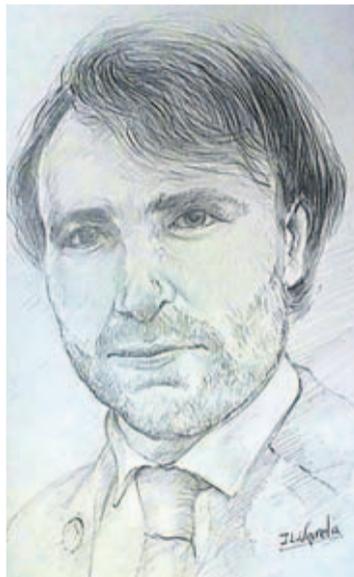
Aproveché para hacerle un breve examen con el fin de conocer su nivel en la asignatura y, para mi asombro, comprobé que no sabía ni reducir fracciones a un común denominador. No tardé en conocer la causa: había hecho estudios de Formación Profesional en vez del Bachiller como era lo normal y,

para más inri, el profesor de aquella disciplina que le había tocado en suerte —es un decir— era un forofo del Real Madrid y cuando televisaban un partido europeo de este equipo suspendía la clase. Le comuniqué, entonces, que el primer año tendríamos que dedicarlo a manejar las Matemáticas del Bachillerato con soltura para cimentar una base de la que carecía.

Empezó con mucho brío y estaba yo pensando que las próximas vacaciones de Navidad le iban a venir de perlas para reafirmar los conocimientos que estaba adquiriendo con rapidez pero, hete aquí, que, me llega un día con la noticia de que tenía proyectado desplazarse a Londres para estudiar inglés aprovechando la concesión de una beca minera. "No te preocupes Lito que el dos de enero ya estoy aquí", me espetó. Le advertí que no se dejara engañar por la euforia que le dominaba. Aquellas Matemáticas elementales que estaba asimilando sin grandes dificultades, nada tenían que ver con las que vendrían luego. "Recuerda esto —le dije entonces—. Un día, pasa delante de nosotros un último tren, y si no lo cogemos estamos perdidos. Ya nunca seremos nada en la vida. Por eso deberías de prescindir de ese viaje". Pues no hubo vuelta atrás y se marchó 15 días de "vacaciones" a la ciudad del Támesis.

Mi inmensa gratitud por darme la oportunidad de encontrarme por última vez, en aquel ya lejano año de 2003, con las Matemáticas, que habían proporcionado tantas horas felices a mi existencia

En el mes de agosto de este último año ya estábamos viendo "Primitivación de funciones elementales" con lo que dábamos por concluido el estudio preliminar que le había planteado para encarar la materia de la que, en realidad, tenía que examinarse. En efecto, en setiembre iniciamos nuestro segundo año particular de contacto con la asignatura y, siguiendo ya el ritmo de la clase oficial, nos adentramos en el "Cálculo Infinitesimal", materia objeto del primer cuatrimestre que comprendía, entre otros temas, Trigonometría esférica, Cálculo de límites de funciones y Cálculo integral; el segundo cuatrimestre correspondía al "Álgebra Lineal" con sus capítulos de Matrices y determinantes, Espacios vectoriales, Homomorfismos, Superficies regladas, etc. En aquellos primeros meses lo observaba concentrado en la ma-



teria y en la próximas vacaciones de Navidad iba a disponer de un tiempo precioso para preparar el examen programado para principios de febrero, "batalla que tienes que ganar sí o sí".

En tales términos me expresaba para darle ánimos y quitarle de la cabeza cualquier aventura que tuviese preparada para ese tiempo como había ocurrido el año anterior. A pesar de todas las precauciones, pues no realizó ninguna escapada, el desenlace fue negativo. Por primera vez pudo comprobar en sus propias carnes que aquel envite en el que estaba involucrado no era un juego sino una cosa muy seria. Otro tanto le ocurrió con el Álgebra en mayo y, aunque en el examen final de junio lo superó, teniendo la mitad de la signatura aprobada, aquella leve esperanza de rematar la faena se esfumó en la convocatoria de setiembre al fracasar de nuevo con el "Cálculo".

Esto tenía una lectura negativa: el curso siguiente debía de repetir toda la asignatura. Pero, claro, si lo vemos bajo la perspectiva de que, parte del verano, prescindió de las clases particulares ya que, como buen aficionado a la montaña, se marchó a los Picos de Europa e, incluso, realizó una travesía por los Alpes, a nadie debe de sorprenderle el resultado. En setiembre de 2005 iniciaba el tercer año de clases particulares conmigo y desde las primeras semanas, le observé con una actitud más responsable pues no dejaba de extrañarme favorablemente que me hiciera preguntas sobre determinados problemas o me planteara dudas sobre distintos aspectos de la parte teórica. Ello daría sus frutos pues, en la correspondiente prueba del primer cuatrimestre, superó el "Cálculo Infinitesimal". Las cla-

ses se iban desarrollando con normalidad y, ahora, manejaba el cálculo algebraico con soltura. Cuando comenzó el segundo cuatrimestre volvimos a encontrarnos con la Geometría Analítica y durante una semana abundamos en los problemas de rectas y planos resolviendo por medios de sus ecuaciones toda clase de supuestos que pueden surgir entre ellos (paralelismo, perpendicularidad, etc). Dilucidábamos conceptos como que "Toda recta es curva", extraíamos sus consecuencias y al entrar en estos comentarios lo veía comprometido. Se interesaba por todo lo que lo que le decía, aunque fuera materia que sobrepasaba el texto oficial como en este caso.

Transcurrieron aquellos meses del invierno sin ninguna incidencia digna de mención. A esas alturas, próximo a cumplir la treintena, lo observaba totalmente implicado en su tarea, pues, posiblemente, percibía en el horizonte el final de aquella galopada que había iniciado hacía más de dos años. Por eso no se me pasaba por la imaginación que fuera capaz de hacer ninguna otra niñería. Pero ¿qué he dicho? Un día, a finales de marzo, me llegó con una "canción" cuya partitura me sacó totalmente de mis casillas: un hermano de su novia contraía matrimonio en Río de Janeiro y le habían invitado a la boda teniendo previsto desplazarse desde la villa de Teodoro Cuesta. Que no me alarmara, porque eran unos pocos días, durante las vacaciones de Semana Santa y el regreso sería inmediato. Hermosas palabras pero el disgusto que me dio fue de campeonato.

A punto

Estuve en un tris de decirle que no volviera más por mi casa que las clases habían terminado para siempre porque, debo de confesarlo, soy muy temperamental. Todavía no sé por qué me contuve en el último momento. Recuerdo que aquel día al marchar, le dije muy serio: "Quiero que sepas que te desaconsejo ese viaje" Por su parte, me soltó que tenía que comprenderlo porque no quería contradecir a su suegro. Por lo visto, prefería contradecirme a mí que estaba haciendo lo imposible para que saliera airoso de aquella lucha iniciada tiempo atrás. Pues no hubo forma de convencerle y, con la comitiva familiar, puso rumbo a la ciudad carioca. Durante aquellos días estuve en la duda de volver a admitirlo pero los ruegos de mi madre que era hermana de su abuela Mercedes, me hicieron desistir del empeño. Después de su vuelta, se sentía optimista con el Álgebra por su "éxito" del año

anterior, pero yo no pensaba lo mismo y es que no se puede jugar con fuego. Para su descargo, tengo que manifestar que, en aquel último cuatrimestre apreté los codos como nunca había hecho porque le estaba viendo las orejas al lobo. Al final, sin embargo, no se produjo el milagro porque en los exámenes de Matemáticas raramente se producen milagros.

Este descalabro, sin embargo, no le desanimó porque ya se veía con un nivel de conocimientos aceptable. Lo tendría que mejorar pero pensaba que llegaría otra ocasión con más suerte. Pero, a la suerte, también hay que ayudarla. Parece ser que recapacitó y se dio cuenta que si no hacía un esfuerzo sostenido no llegaría a la meta. Vamos, un sprint largo como se dice en la jerga ciclista. Ello implicaba el comprender que el verano no era siempre para las vacaciones. Llegó setiembre de aquel año de 2006 y, al fin, en la convocatoria extraordinaria, alcanzaría la titulación deseada de Ingeniero Técnico. La historia de Jonathan que siguió ha sido vertiginosa: después de pasar por el Ayuntamiento de Arrecife fichó por la mayor empresa constructora de Lanzarote, actuando como "jefe de planta". Aquí conoció a Jesús Escribano, un burgalés que le aportó grandes enseñanzas en el mundo de la empresa; luego daría el salto a México con Sodes que se dedicaba a la gestión medioambiental actuando en calidad de director del proyecto MDL (Mecanismo de Desarrollo Limpio) auspiciado por la ONU. Después de su paso relámpago por Imasa sería contratado por la empresa española Acciona radicada en la capital azteca.

Este mierense, de hondas raíces turonesas que comenzó como director comercial gestionando proyectos para México, ha sido ascendido, recientemente, a director de una amplia región geográfica (Centroamérica, Colombia y Caribe). Su misión es encontrar proyectos de energías renovables para gestionarlos con los clientes en su fase embrionaria hasta conseguir cerrarlos para la empresa. Mirando hacia atrás con cierta nostalgia, puedo decir que estoy orgulloso de ti, Jonathan, porque alcanzaste el objetivo propuesto, en cuyo logro luchamos juntos durante un trienio. Tampoco quiero cerrar estas líneas sin expresarte mi inmensa gratitud por darme la oportunidad de encontrarme por última vez, en aquel ya lejano año de 2003, con las Matemáticas, que habían proporcionado tantas horas felices a mi existencia. No hay nada que dure siempre. La vida tiene estas cosas.